

tuando á los de la raza judía no profesa respeto filial, ni santa gratitud hácia ninguno de los grandes hombres que le han precedido. Los siglos en que él no ha vivido, no forman número; los que contra él han luchado son maldecidos, los que le exterminarán verán la fin del mundo y el universo se disolverá el día apocalíptico en que la Iglesia caiga arruinada bajo los golpes de sus enemigos.

Cuando un católico ha perdido su ciego respeto hácia la Iglesia ¿dónde puede refugiarse? Mientras preste fé á la revelacion en el cristianismo, mas si de ella llego á dudar, no le queda mas recurso que flotar en el océano de los siglos cual frágil esquife sin brújula, ni timon, porque no se ha acostumbrado á mirar el mundo como su pátria y á todos los hombres como á semejantes suyos; moralmente ha vivido siempre en escarpada isla, no rozándose nunca con los que habitaban fuera de ella; ha considerado el mundo como conquista reservada á sus misioneros, á los hombres éxtraños á su fé como brutos, cuya civilizacion á él solo estaba reservada ¿A qué tierra irá para preguntar los secretos de su celeste origen, á qué pueblo las doctrinas de la humana sabiduría? Errará por todas las riberas, pero no comprenderá el sentido de las huellas que en ellas encontrará. La ciencia de los pueblos está escrita en caracteres ininteligibles para él; la historia de la creacion es para él oscuro é incomprendible mito. Fuera de la iglesia, no mas salvacion, fuera del Génesis no mas ciencia. No hay pues para el católico término medio, es preciso que permanezca fiel á su catolicismo ó que se vuelva incrédulo;

duo; es indispensable que su religion sea la única verdadera y las demás todas falsas.

Tal era el punto á que yo habia llegado, tal era el punto tambien que habia alcanzado el siglo en que vivia; pero como lo habia verificado lentamente por las vias del destino, se encontraba bien en ese alto que acaba de hacer; el siglo era incrédulo, pero era indiferente. Disgustado de la fé de sus padres, regocijábase con su filosófica indiferencia, sin duda porque dentro de sí sentia ese germen que la providencia no deja perecer, esa simienta divina que brota aun despues de las heladas de crudos inviernos; pero yo cristiano desmoralizado, yo católico de ayer que de un salto habia querido salvar la distancia que me separaba de mis contemporáneos, estaba como ébrio y el gozo de mi triunfo estaba muy cerca de la desesperacion y de la locura.

¿Quién podrá pintar los padecimientos de una alma acostumbrada al ejercicio minuciosamente puntual de una doctrina tan sábiamente concebida, tan pacientemente elaboraba cual lo es la del catolicismo, cuando esa misma alma se halla flotando en medio de tantas doctrinas contradictorias, ninguna de las cuales puede heredar su ciega fé y su sencillo entusiasmo? ¿Quién podrá contar las horas de horrible aburrimiento que he devorado, cuando de rodillas en mi silla de negro roble, despues de puesto el sol, veíame condenado á oír la lúgubre salmodia de mis hermanos, cuyas palabras carecian ya de sentido para mí y su voz de simpatía? Aquellas horas demasiado cortas en otros tiempos para mi fervor, se estacionaban ahora como siglos. En

vano procuraba contestar maquinalmente á los oficios y ocupar mi pensamiento en especulaciones de un órden mas elevado, la actividad de la inteligencia no podia reemplazar la del corazon. La plegaria tiene la particularidad de poner en juego las facultades mas sublimes del alma y las fibras mas humanas del sentimiento. La oracion del cristiano mas que otra alguna hace vibrar todas las cuerdas del ser intelectual y moral; en ninguna otra religion se siente el hombre tan próximo á su Dios; en ninguna ha sido Dios tan humano, tan paternal, tan accesible, tan paciente y tan tierno. El ascético libro de la *Imitacion* es un delicioso tratado de amistad íntima, expansiva, delicada, fraternal entre el Dios Jesús y el cristiano ferviente. ¿Qué sentimiento aplicado á los objetos terrestres puede suplir á este para el hombre que lo ha conocido? ¿Qué educacion intelectual puede satisfacer al mismo tiempo y en el mismo grado las necesidades todas del corazon? La doctrina cristiana apaga todos los inquietos ardores del espiritu diciéndo á su adepto: No tienes necesidad de ser grande; ama y sé humilde: ama á Jesus que es humilde y bueno. Y cuando el corazon lleno de amor está próximo á difundirse sobre las criaturas, le contiene diciéndole: Acuérdate de que eres grande y de que no puedes amar mas que á Jesús, porque solo él es grande y perfecto. La religion católica no trata de endurecer las entrañas del hombre contra el dolor; al contrario le ablanda para fortificarle y le hace encontrar placer en el padecimiento. El epicureismo le conduce á la calma por la moderacion, el cristianismo le lleva á la alegría por las lágrimas; la razon

estóica sufre la tortura, el entusiasmo cristiano vuela hácia el martirio. La grande obra del cristianismo es pues el desarrollo de la fuerza intelectual por el de la sensibilidad moral y la oracion es el inagotable alimento do se combinan esas dos potencias é incesantemente se fortalecen.

Al igual del cuerpo tiene el alma sus necesidades cotidianas, y como él fórmase ciertos hábitos en el modo de satisfacerlas. Cristiano y monje habiame acostumbrado durante mis años felices á frecuentes expansiones de todo el amor y entusiasmo que encerraba mi corazon. Durante los oficios de la noche era cuando especialmente me complacia en poner asi toda mi alma á los piés del Salvador. En aquel momento de inexplicable poesia en que el dia ha concluido y la noche no ha empezado aun cuando la vacilante lámpara del fondo del santuario se refleja sobre los pulimentados mármoles y los primeros astros se alumbran en el éter pálido todavía, recuerdo que tenia la costumbre de interrumpir mis rezos abandonándome á las santas y deliciosas emociones que este instante me producía. Frente por frente de mi sitial habia una alta ventana cuya delicada y elegante arquitectura se dibujaba en el azul transparente de los cielos. Cada noche en aquel espacio se colocaban como en un marco dos ó tres estrellas que parecian sonreirse haciendo penetrar en mi seno un rayo de amor y de esperanza. Pues bien, el sentimiento poético estaba de tal modo ligado en mí al sentimiento religioso y este último sentimiento de tal manera adherido á mi doctrina católica, que al perder mi ciega sumision á ella, perdí poesia, plegaria, santos éxtasis y ardientes aspiraciones. Vol-

víme mas frio que el mismo granito que pisaba; inútilmente intenté elevar mi alma hácia el Creador de todas las cosas; habíame acostumbrado á verle bajo un cierto aspecto que ya no tuvo despues cuando mi razon ensanchó el círculo de su poder y de sus perfecciones, despues que hube agrandado mis pensamientos y ensanchado mis aspiraciones; la brillantez de ese nuevo Dios me deslumbró y sentíme reducido á la nada por su inmensidad y por la del universo. La antigua forma divina, en cierto modo accesible á los sentidos por las imágenes y las alegorías místicas, se borró para dar lugar á un inmenso foco de divinidad en el cual estaba yo absorbido, sin que partícula alguna de esa divinidad pudiese hacerse bastante pequeña para comunicarse conmigo de otro modo que por el hecho fatal, por decirlo así de la vida universal. No me atrevia pues mas á intentar comunicarme con Dios; parecíame demasiado grande para bajarse hasta escucharme y temia cometer una impiedad, insultar la magestad celeste, invocándola como á un rey de la tierra. Sin embargo seguia sintiendo la misma necesidad de orar, la misma necesidad de amar y alguna que otra vez elevaba una voz humilde y temerosa hácia ese Dios terrible; pero ya involuntariamente caia en las ideas y formas católicas, ya me sucedia formular una oracion bastante extraña, cuya sencillez me haria hoy sonreír si no me recordase profundos padecimientos: «¡Oh tú! decia yo *tú* que no tienes nombres y que resides en lo inaccesible, tú, cuya grandeza no puede escucharme, ni cuyo alejamiento oirme, tú, que eres demasiado perfecto para amarme demasiado fuerte para compadecerme.....! te invoco sin esperanza

de ser atendido, pues que sé que nada debo pedirte, que solo tengo un medio de merecer y es vivir y morir aquí bajo desconocido, resignado, sin orgullo, sin cólera, sufriendo sin quejarme, esperando sin desear, confiando sin pretender nada...»

Aquí, me interrumpia á mi mismo horrorizado del triste destino humano que á mi vista se presentaba y que mi oracion como reflejo de mi pensamiento expresaba en términos tan dolorosos y desconsoladores. Preguntábame de que servia amar á un Dios insensible, que inculca en el hombre el deseo celeste para hacerle sentir todo el horror de su exaltitud ó de impotencia, un Dios ciego, sordo, que ni siquiera al rayo se dignaba mandar, que de tal modo se ocultaba en la lluvia de oro de sus soles y de sus mundos, que ninguno de esos soles, ni de esos mundos le conocia y le entendia. ¡Oh! preferia el oráculo de los judíos, la voz que á Moisés, habló desde el Sinaí amaba mas el espíritu de Dios, bajo la forma de una columna sagrada, ó al hijo de Dios, trasformado en un hombre semejante á mí. Aquellos dioses terrestres me eran accesibles. Misericordiosos ó amenazadores me escuchaban y me contestaban. La cólera y las venganzas del sombrío Jeovah me asustaban menos que el impasible silencio y la glacial equidad de mi nuevo dueño.

Entónces fué cuando sentí profundamente el vacío y la vaguedad de esa filosofía, de moda en aquella época, denominada teísmo; pues preciso es confesarlo, habia ya buscado el resumen de mis estudios y de mis reflexiones en los escritos de los filósofos contemporáneos. No hubiese debido hacerlo sin duda, porque esto era muy contrario á la disposicion de es-

píritu en que entónces me encontraba, pero, no pude preveerlo. Yo pensaba que los espíritus mas avanzados de mi siglo debian de sacar harto mejor que yo las conclusiones de la ciencia y de la experiencia de lo pasado. Ese pasado era enteramente nuevo para mí, era un alimento mal digerido, cuyo afecto solo los médicos podian conocer. Y los hombres sencillos y estudiosos que viven en la oscuridad, tienen el candor de creer que los escritos contemporáneos rodeados de gran esplendor son la luz y la higiene del siglo! Pero cual fué mi sorpresa cuando apesar de todas mis simpatías hácia esos ilustres escritores, cuya gloria y triunfos nos daba á conocer el mismo furor del Vaticano, tuve en mis manos una de esas ediciones de ínfimo precio que Francia sembraba hasta en el terreno papal y que penetraba hasta en el seno de los claustros y sin mucho misterio. Creí soñar al ver una crítica tan grosera, un encarnizamiento tan ciego, tanta ignorancia y tanta ligereza; temí haber leído con un resto de simpatía hácia el catolicismo y quise tener conocimiento de cuánto se escribía diariamente. No cambié de opinion sobre el fondo, pero llegué á apreciar mucho la importancia y la utilidad social de ese espíritu de exámen y emancipacion que preparaba la ruina de la inquisicion y la caida de todos los despotismos santificados. Poco á poco llegué á formarme un modo de ser, de ver y de sentir que sin ser el de Voltaire y el de Diderot, era el de su escuela. ¿Qué hombre ni en las paredes del claustro, ni el seno de las tebáidas, ha podido separarse jamás del espíritu de su siglo? Tenia otras costumbres, otras simpatías, otras necesidades que los frívolos escritores de mi época; pero to-

dos los votos, todos los deseos que conservaba eran estériles; sentía la inminencia providencial de una gran revolucion filosófica, social y religiosa y ni mi siglo, ni yo, éramos bastante fuertes para abrir á la humanidad el nuevo templo donde pudiera refugiarse contra el ateísmo, el frio y la muerte.

Insensiblemente me entibí á mi vez, hasta llegar á dudar de mí mismo. Hacía ya bastante tiempo que dudaba de la bondad y del paternal amor de Dios; acabé por dudar del filial cariño que sentía hácia él. Pensé que podia ser un hábito del espíritu, efecto de mi educacion, cuyo principio no existía ya en la naturaleza de mi ser, como otros mil errores sugeridos diariamente á los hombres por rutina y por preocupacion. Trabajé para destruir en mí el espíritu de caridad no con tanto cuidado como en otro tiempo habia puesto para desarrollar el fuego divino en mi corazon. Caí entónces en un profundo abatimiento y como un amigo que no puede vivir privado del objeto de su afecto, sentía que mi ser se iba destruyendo y arrastraba la vida como pesado fardo.

Seis años eran ya pasados en medio de esas fatigas y ansiedades. Seis años, los mas hermosos, los mas viriles de mi vida, habian caido en el abismo de lo que fué, sin que hubiese dado un solo paso hácia la felicidad ó la virtud. Mi juventud habia pasado como un sueño: el amor al estudio parecia dominar todas mis demás facultades. Mi corazon se adormecia y si á la visita de las injusticias cometidas contra mis hermanos y á la idea de todas las que incesantemente se cometen á la faz del cielo, no hubiese sentido algunas veces vivos arrebatos de

cólera y profundos dolores, hubiera podido creer que solo mi cabeza vivía y que mis entrañas eran insensibles. A decir verdad, yo no tuve juventud, tan léjos pasaron de mí las pasiones contra las cuales he visto luchar tan penosamente á los otros religiosos. Cristiano, había puesto todo mi amor en Dios; filósofo, no puede volver mi amor hácia los séres, ni fijar mi atención en las cosas humanas.

Te preguntas quizá, Angel, en que habían venido á parar los recuerdos de Espiridion y de Fulgencio ¡Ay! entre tantas nuevas preocupaciones abergonzábame de haber tomado al pié de la letra las visiones del buen Fulgencio y haber dejado afectar mi imaginación hasta el punto de haber creído yo mismo, verdadera la visión que había tenido de Hebroniús. La filosofía moderna, confundía con tal desprecio á los visionarios, que no sabía donde refugiarme contra el recuerdo mortificador de mi superstición. Tal es el orgullo del hombre: aun cuando su vida interior se realice en impenetrable misterio y los errores y cambios humanos no tengan mas testigo que su conciencia, ruborízase de sus debilidades y quiere engañarse á si mismo. Esforzábame en olvidar lo que había pasado por mí en aquella época de desórden en que se había obrado una revolución en todo mi ser y en que la sávia demasiado comprimida de un espíritu, había estallado con una especie de delirio. Así es como explicaba la influencia de Fulgencio y de Hebroniús, sobre mi abandono del cristianismo. Persuadime (y tal vez no me equivocaba) de que ese cambio era inevitable, que era por decirlo así fatal porque estaba en la naturaleza de mi espíritu, pro-

gresar á despecho y pesar de todos los pesares. Decíame que fuera una causa, fuera otra, fuera la fábula de Hebroniús ó cualquiera otra casualidad, yo debía salir del cristianismo, porque al nacer, había sido condenado á buscar la verdad sin descanso y tal vez sin esperanza. Quebrantado por la fatiga, abatido profundamente, preguntábame si el reposo que había perdido merecía el trabajo de ser reconquistado. Mi sencilla fé estaba ya tan lejana, tan jóven había empezado á dudar, que no me acordaba casi de la felicidad que mi ignorancia me había hecho gustar; quizá nunca me hizo feliz. Hay inteligencias inquietas para las cuales la inacción es un suplicio y el descanso un oprobio; no podía pues rechazar cierto sentimiento de desprecio hácia mi mismo cuando me contemplaba en lo pasado. Desde que comencé mi ruda tarea nunca fui feliz, pero al menos me sentía vivir y no me había avergonzado de ver la luz porque cultivé con toda mi fuerza el campo de la esperanza. Si el suelo era árido y la mies escasa, no era por falta de valor y podía ser cuando menos una víctima respetable de la humana impotencia.

A todo esto no olvidaba la existencia del manuscrito, precioso quizá y seguramente curioso encerrado en la tumba de Espiridion. Prometíame extraerlo de allí y apropiármelo, pero para verificar clandestinamente esta extracción necesitaba ciertas precauciones y sin duda alguna un amigo de confianza; tenía yo entónces mas ocupaciones de lo que consentían mis fuerzas y las horas de que disponía al cabo del día, no me daba pues prisa en vencer esos inconvenientes. El juramento que hice

de desenterrar aquel documento el día que cumpliera treinta años, no se borraba de mi memoria, pero avergonzábame de tal modo de haber podido formular un voto tan pueril, que alejaba mi pensamiento de él, bien determinado à no cumplirlo en manera alguna, no considerándome ligado por un juramento que no tenía ya para mí sentido, ni valor. Sea que evitase representarme, lo que yo llamaba, miserables circunstancias de aquel voto, sea que un acrecentamiento de preocupaciones científicas me hubiese subyugado enteramente, lo cierto es que la época fijada para el cumplimiento de mi voto, llegó sin que en ella parase la menor atención y sin duda me hubiera pasado por alto à no ser por un hecho tan extraordinario que poco faltó para que hiciese cambiar todo el curso de mis ideas.

Habíame procurado siempre libros penetrando à escondidas en la biblioteca situada al fin de la gran sala. Experimenté al principio mucha repugnancia en apoderarme furtivamente de aquella fruta vedada, pero pronto el amor al estudio fué mas fuerte que todos los escrúpulos de la franqueza y del orgullo; y me valí de todos los ardidés necesarios; yo mismo fabriqué una llave falsa, pues echaron de ver la cerraja rota, sin saber à quien dar la culpa. Deslizábame por la noche hasta el santuario de la ciencia y cada semana renovaba mi provision de libros, sin despertar la atención, ni levantar sospechas, por lo menos así me lo figuraba yo. Tenia cuidado de ocultar mis tesoros en las pajas del jergon y leía toda la noche. Habíame acostumbrado à dormir de rodillas en la Iglesia; y durante los oficios de la mañana prosternado en mi sitial, y en-

vuelto en mi capucha reparaba las fatigas de mi vigilia con un sueño ligero frecuentemente interrumpido. Sin embargo como mi salud se deterioraba sensiblemente, encontré el medio de leer en la misma iglesia durante los oficios. Procúreme unas grandes cubiertas de misal que adapté à mis libros profanos y mientras parecia absorto en mi breviario, me entregaba con toda seguridad à mis estudios favoritos.

Apesar de todas estas precauciones, sospechóse de mí, fuí vigilado y por fin descubierto. Una noche, despues de penetrar en la biblioteca, oí andar en la gran sala del capítulo. Apagué enseguida mi lámpara y permanecí inmóvil confiando en que tal vez no venian en seguimiento mio y que escaparía à la atención del vigilante que hacia tan desusada ronda. Apróximóse el ruido de los pasos y sentí una mano asir la llave que yo imprudentemente habia dejado à la parte de afuera; sacáronla despues de haberle dado dos vueltas; colocaron las macizas barras de hierro que yo habia levantado y cuando me hubieron quitado todos los medios de evasión se alejaron lentamente. Halléme solo en las tinieblas, cautivo y à merced de mis enemigos.

Parecióme la noche insoportablemente larga porque la inquietud, la contrariedad y el frio me impidieron descansar ni un instante. Experimenté gran despecho por haber apagado mi luz y no poder aprovechar para la lectura aquella aciaga noche. Sin embargo los temores que me inspiró semejante acontecimiento no fueron muy vivos. Lisonjeábame de no haber sido visto por el que me habia encerrado; suponía que lo habia hecho sin mala intención,

sin pensar que hubiese nadie dentro; que quizá era el converso de semana para el servicio de la sala el que habia quitado la llave y cerrado la puerta para poner las cosas en orden. Comprendí que habia obrado con mucha cobardía al no hablarle y no haber hecho para salir una tentativa que al dia siguiente me ofrecia mucho mayores inconvenientes; propúseme no desperdiciar la ocasion, cuando volviese por la mañana, segun costumbre á arreglar y limpiar la sala. Con esta confianza me mantuve despierto y soporté el frio con toda la filosofía imaginable.

Pero pasáronse horas y horas, vino el dia y el pálido sol de enero empezó á recorrer el horizonte sin que en la sala se oyese el menor ruido. Trascurió el dia entero sin proporcionarme medio alguno de evasion. Prové á ver si con mis fuerzas podia hundir la puerta, pero habíamla asegurado tan bien contra cualquiera nueva fractura que era imposible menearla y la cerradura resistió igualmente todos mis esfuerzos.

Pasóse otro dia y otra noche sin que mi extraña situacion sufriese cambio alguno; sin duda habian condenado la puerta del capítulo. Nadie pareció por aquella sala que comunmente era muy frecuentada á ciertas horas y no pude ya persuadirme por mas tiempo de que mi cautividad fuese efecto de un acontecimiento casual, pues además de que la sala no pudo haberse cerrado sin algun designo, debíase de haber notado mi ausencia y si por ella hubiesen sentido inquietud no era ocasion propósito para cerrar las puertas, sino de abrirlas todas para buscarme. No cabia ya duda de que habian

querido castigarme por mi falta. Al tercer dia empezó á parecerme la correccion demasiado severa y temí no se asemejase á las pruebas de los calabozos inquisitoriales, de los que solo se salia para ver una vez el sol y morir de extension. El hambre y el frio me acosaban de tal modo que apesar del estoicismo y de la perseverancia que habia tenido de leer mientras me lo habia permitido la claridad del dia, empecé á perder el ánimo la tercera noche y á sentir que me abandonaba la fuerza fisica. Resignéme entonces á morir y á no luchar mas contra el frio por el movimiento. Mis piernas no podian ya sostenerme, hice una cama con libros pues hasta habian tenido la crueldad de quitarme el sillón de cuero que generalmente ocupaba el alfeizar de la ventana. Arropéme la cabeza con la capucha, tendime apretando los vestidos hácia el cuerpo y me abandoné al letargo de un sueño febril que consideré como el último de mi vida. Alegréme de que mis fuerzas físicas se hubiesen extinguido sin haber perdido mi fuerza moral y sin haber cedido al deseo de gritar para implorar socorro. La única ventana de mi cárcel daba á un patio cerrado en cual raras veces entraban los novicios. En vano, habia estado en observacion durante los tres dias, su puerta no se habia abierto, sin duda habia sufrido igual suerte que la del capítulo. No pudiendo hacer ninguna seña á ningun ser compasivo ó desinteresado, hubiera sido preciso llenar el aire de mis gritos para poderme hacer oír y sabia demasiado que en semejantes circunstancias, la compasion es débil é impotente mientras que el deseo de venganza aumenta en razon de la humillacion de la víctima; sabia que

mis gemidos causarían á algunos un estúpido terror y nada más, mientras que otros se gozarían en mis angustias. No quise proporcionar á mis verdugos el triunfo de haberme arrancado un solo quejido. Había pues resistido los tormentos del hambre; empezaba ya á no sentirlos, por otra parte ya no hubiera tenido bastante fuerza para levantar mi voz. Me abandoné pues á mi suerte invocando á Epitecto, á Sócrates y al mismo Jesús, el filósofo inmolado por los príncipes de los sacerdotes y por los doctores de la ley.

Hacia ya algunas horas que me encontraba en un profundo anonadamiento, cuando vino á despertarme el reloj de la sala que daba las doce por la parte de afuera del tabique junto al cual estaba acostado. Entónces oí andar suavemente por la sala y parecióme que se acercaban á la puerta de mi prisión. Este ruido no me causó ni alegría ni sorpresa; no tenía ya conciencia de cosa alguna. Sin embargo la naturaleza de los pasos que oía sobre entarimado de la vecina sala, su apresurada ligereza unida á una solemne imposición en el suelo, despertaron en mí no sé que vagos recuerdos; parecióme que reconocía la persona que andaba así y que experimentaba un gozo instintivo al sentirle venir hácia mí, pero me hubiera sido imposible decir que persona era aquella y donde había yo conocido.

Abrió ella la puerta de la biblioteca y me llamó por mi nombre con una voz armoniosa y dulce que me hizo estremecer. Creí sentir que la vida hacía un esfuerzo en mí para reanimarme, pero en vano traté de levantarme, no me pude menear, ni hablar.

— ¡Alejo! repitió la voz con acento de benévola autoridad ¿tan endurecidos están tu cuerpo y tu alma? ¿Porqué motivo has faltado á tu palabra. He aquí la noche, he aquí la hora que habiais fijado.... Treinta años hace hoy que viniste á este mundo, desnudo y llorando como todos los hijos de Eva. Hoy es el día que debiste de haberte regenerado, buscando entre el polvo de mis terrestres despojos, una chispa que de nuevo hubiera encendido en tí el fuego celeste. ¿Es necesario pues que los muertos dejen sus sepulturas para encontrar á los vivos mas frios y mas animados que los mismos cadáveres?

Probé entónces de contestar, pero sin mas éxito que la vez primera. Entónces suspiró y añadió.

— Vuelve pues á la vida de los sentidos, ya que la del espíritu se ha extinguido en tí....

Acercóse á mí y me tocó, pero nada ví; y cuando despues de inauditos esfuerzos logré despertar de mi estupor y ponerme de rodillas, todo estaba sumido en el silencio y nada á mi alrededor anunciaba la visita de ningún ser humano. Sin embargo un aire mas frio soplando sobre mi estenuado cuerpo parecía proceder de la puerta. Arrastréme hasta ella. ¡Oh prodigio! estaba abierta.

Tuve un acceso de insensata alegría. Lloraba como un niño, abrazaba la puerta como si hubiese querido besar el rastro de las manos que la habían abierto. No sé porque me parecía tan agradable el recobrar la vida, despues de haberme parecido tan fácil el perderla. Arrastréme á lo largo de las paredes del capítulo, pero estaba tan débil que á cada paso me caía. La cabeza se me iba y no podía re-

cordar el sitio de la puerta á cual queria llegar. Estaba como ébrio y cuanto mas me apresuraba á salir de aquel lugar fatal, tanto mas imposible se me hacia encontrar la salida. Erraba por la oscuridad creándome yo mismo un laberinto intrincado en un espacio libre y regular. Creo que pasé allí cerca de una hora, presa de inexplicables angustias. No estaba ya para filosofias como cuando me hallaba bajo cerrojos. Mi sangre, que por un momento se habia reanimado, empezaba á helarse otra vez y una especie de rabia delirante se apoderaba de mí; mil fantasmas pasaban ante mis ojos; mis rodillas se envazaban sobre el frio suelo; aniquilado por la fatiga y por la desesperacion, caí al pié de una de las paredes de la sala y por segunda vez, traté de buscar dentro de mí la resolucion de morir en paz. Pero mis ideas eran confusas y la sabiduria que siempre me pareció una armadura impenetrable, no era en aquellos momentos mas que un socorro impotente contra el horror de la muerte.

De pronto acudió á mi memoria el recuerdo ya borrado de la voz que me habia llamado durante mi sueño y entregándome á aquella proteccion misteriosa con la confianza de un niño, murmuré las últimas palabras que Fulgencio habia pronunciado al expirar: «*Sancte Spiridion ora pro me.*»

Alumbróse entónces la sala, con una pálida luz parecida á la de un relámpago prolongado; siguió aumentando el resplandor y al cabo de un minuto se extinguió; tuve tiempo suficiente para observar que dicha luz salia del retrato del fundador, cuyos ojos se habian encendido como dos lámparas para iluminar la sala y mostrarme que hacia un

cuarto de hora que estaba recostado sobre la tan deseada puerta — ¡Bendito seas, bienaventurado espíritu! exclamé y reanimado instantáneamente me eché fuera de la sala con impetuosidad. Un converso que estaba en las salas bajas ocupado en preparativos extraordinarios para el dia siguiente, me vió correr hácia él como un espectro. Mis mejillas cóncavas, mis ojos inflamados por la fiebre, mi aire extraviado le causaron tal espanto que echó á correr dejando caer un cesto de arroz que llevaba y un hachon que me apresuré á recoger antes de que se apagára. Cuando hube satisfecho mi hambre, subí á mi celda y al dia siguiente despues de un sueño reparador estuve ya en estado de ir á la iglesia.

Un ruido particular en el convento y un campaneo general me anunciaron una ceremonia importante. Miré el calendario y me pregunté si durante los dias de mi encierro habia perdido la nocion de la marcha del tiempo, pues no veía señalada ninguna fiesta religiosa para el dia en que creía estar. Deslicéme en el coro y ocupé mi sitio sin ser observado. Todas las frentes llevaban el sello de una preocupacion ó de un recogimiento extraordinario. La iglesia estaba adornado como en los dias de gran fiesta. Comenzáronse los oficios. Sorprendíome en extremo no ver el prior en su sitio; inclinéme para preguntar al de mi lado si estaba enfermo. Miróme con aire estupefacto y como si creyese haber entendido mal mi pregunta se sonrió de un modo embarazoso y no me contestó. Busqué con la vista al padre Donaciano, mi mayor enemigo entre los religiosos y al que interiormente acusaba del trato

odiosísimo que acababa de sufrir. Vi como sus ardientes ojos trataban de penetrar á través de mi capucha, pero no le dejé ver mi fisonomía y me aseguré de que la suya estaba desconcertada por la sorpresa y el temor, pues no esperaba encontrar ocupado mi sitio y se preguntaba á sí mismo si era mi sombra la que veía enfrente de él.

No estuve al corriente de lo que acontecía hasta el fin del oficio, cuando el celebrante recitó una oración en conmemoración del prior, cuya alma había parecido ante Dios el 10 de Enero de 1766 á las doce de la noche, es decir una hora antes de mi encarcelación en la biblioteca. Comprendí entonces porque Donaciano, cuya ambición ansiaba ocupar el primer lugar entre nosotros, se había aprovechado de aquella súbita muerte para alejarme de las deliberaciones. El sabía que yo no le apreciaba y que apesar de mi poca afición al poder y de mi carácter falto de intriga, no carecía de partidarios. Gozaba reputación de sabio en teología lo cual me atraía el respeto sencillo de algunos; tenía además un espíritu de justicia y una imparcialidad que ofrecían garantías á todos. Donaciano me temía: subprior hacia dos años y ejerciendo un poder ilimitado sobre todos los que rodeaban al prior, había cubierto sus últimos instantes con el velo del misterio y antes de propagar la noticia de su muerte había querido verme, sin duda para sondear mi ánimo, seducirme ó atemorizarme. No encontrándome en mi celda y conociendo muy bien mis hábitos, como he sabido despues, siguió mis pasos hasta la puerta de la biblioteca que cerró trás de mí, como por inadvertencia; luego cerró todas las sali-

das por las cuales se hubiese podido llegar hasta mí y á renglon tirado hizo entrar á toda la comunidad en meditación á fin de proceder dignamente á la elección de un nuevo gefe.

Gracias á su influencia pudo violar todos los usos y todas las reglas del monasterio. En lugar de exponer el cuerpo del difunto y de exponerle durante tres dias en la capilla, le hizo amortajar inmediatamente con el pretexto de que habia muerto de enfermedad contagiosa; habia atropellado todas las ceremonias, abreviado el tiempo de meditación y ya procedían á la elección cuando por un hecho sobrenatural alcancé mi libertad. Cuando se terminó el oficio, cantóse el *Veni Creator*; despues permanecimos un cuarto de hora prostrado cada uno en su sitio, entregado á la inspiración divina. Cuando el reloj dió las doce, la comunidad desfiló lentamente y subió á la sala del capítulo para proceder á la votación general. Permanecí con la mayor calma é indiferencia mientras duró aquella ceremonia. Nada en el mundo me tentaba menos que el deseo de contrabalancear los sufragios; aun cuando hubiese dispuesto de tiempo para ello no hubiera dado un solo paso para contrariar la ambición de Donaciano. Pero cuando oí su nombre salir cincuenta veces de la urna, cuando en el último turno del escrutinio ví brillar en su frente la alegría del triunfo, apoderóse de mí un sentimiento enteramente humano de indignación y de odio.

Si me hubiese dirigido una mirada humilde ó tan solo temerosa, tal vez mi desprecio le hubiera absuelto, pero parecióme que trataba de ajar-me y

tuve la puerilidad de querer destruir aquel orgullo, hasta cuyo nivel me rebajaba combatiéndolo. Dejé que el secretario contase lentamente los votos. Solo dos había en mi favor. No era pues una esperanza personal la que podía sugerirme lo que hice. En el momento en que se proclamó á Donaciano y cuando éste se levantaba con aire hipócritamente conmovido para recibir los abrazos de los ancianos, me levanté á mi vez y alcé la voz

—Declaro, dije con una calma aparente cuyo efecto fué terrible, que la eleccion proclamada es nula porque los estatutos de la órden han sido violados. Un solo voto olvidado ó supeditado basta para anular las resoluciones de todo un capítulo. Invoco este artículo del reglamento del abad Espiridion, y declaro que yo, Alejo, miembro de la órden y servidor de Dios, no he depositado mi voto hoy en la urna, por que no he gozado de la facultad de entrar en meditacion como los demás, pues he sido separado por casualidad ó por malicia, de las deliberaciones comunes y porque ignorando hasta este momento, la muerte de nuestro venerable prior me ha sido imposible determinarme repentinamente sobre la eleccion de su sucesor.

Despues de pronunciar estas palabras que fueron un rayo para Donaciano, sentéme de nuevo y neguéme á contestar á la infinidad de preguntas que todos me dirigieron. Donaciano, confundido un instante por mi audacia, no tardó en cobrar ánimo y declaró que mi voto no solo era inútil, sino inadmisibile, porque habiendo cometido una falta grave y estando sufriendo durante las delibera-

ciones una correccion degradante, segun el reglamento, carecia de aptitud para votar.

¿Y quién pues ha apreciado mi falta ó la ha calificado? pregunté yo. ¿Quién se ha arrogado el derecho de imponerme un castigo, el subprior? No tenia derecho para ello. Para juzgarme indigno de tomar parte en la eleccion, debia de hacer examinar mi conducta por seis de los mas ancianos del capítulo y declaró que no lo ha hecho.

—¿Que sabeis vos? me dijo uno de los ancianos que era ardiente partidario de mi antagonista.

—Digo, repuse yo, que esto no ha tenido lugar, porque tenia el derecho de saberlo, porque la sentencia debia haberseme comunicado, primero á mí, luego á toda la comunidad reunida y finalmente fijada aquí en mi sitio donde no está, ni ha estado nunca.

—Vuestra falta, exclamó, Donaciano, era de tal naturaleza....

—Mi falta interrumpí yo, pláceos calificarla de grave, mas pláceme á mí calificar de tal el castigo que me habeis impuesto y digo que para vos es para quien es degradante. ¡Decid cual ha sido mi falta! Requiéroos que la digais aquí y luego diré yo el tanto que me habeis dado, aunque no os asistia ningun derecho para ello.

Viendo Donaciano que yo estaba encolerizado y que empezaban á escucharme con curiosidad, se apresuró á terminar este debate llamando en su socorro á la prudencia y á la astucia. Acercóse á mí y con tono compungido me suplicó en nombre del Salvador de los hombres, terminase una discusion tan escandalosa y tan contraria al espíritu de cari-